

Sermón

SEMLA—10° Aniversario Reapertura

23 octubre 2008

Texto: Ezequiel 37:1-14

Su ciudad había quedado destruida. El templo en el que creían que moraba Dios, saqueado, derribado, y quemado. Ya no quedaba nada. Los babilonios no sólo habían arrasado con la ciudad santa y su población, sino también con las esperanzas del pueblo que confiaba en Yavé como su Dios. Muchos se habían ido al exilio a Babilonia. Los que se quedaron en la tierra santa creían que Dios ya los había abandonado. Todos sus sueños e ilusiones se habían convertido en cenizas y polvo y escombros, igual que su ciudad y su templo. Como pueblo, sentían que habían muerto, que ya no había vida para ellos. Ya no había futuro.

En ese contexto, el profeta Ezequiel se dirigió a ellos. En momentos, tuvo palabras duras, señalándoles sus pecados, su maldad, su culpabilidad ante Dios. Pero al mismo tiempo, les habló palabras de perdón, de gracia, y de esperanza, para levantarles los ánimos. Y de repente, recibió de Dios una visión. Fue llevado a un valle lleno de huesos secos, y el Señor le dijo que profetizara sobre los huesos. Al hacerlo, empezaron a cubrirse de tendones y carne y piel. Pero todavía no tenían espíritu, vida. Cuando el Señor le dijo que volviera a profetizar, entró por fin el espíritu en estos cuerpos muertos, y volvieron a la vida. Luego el Señor le dijo: “Los hijos de Israel dicen que sus huesos se secaron, y que su esperanza ha perecido; pero yo los sacaré de sus sepulcros, y pondré mi espíritu en ellos, y los haré vivir nuevamente sobre la tierra que les di.”

Vida. Esperanzas. Muerte. Resurrección. Nuevas esperanzas. Hasta cierto punto, lo que vivió Israel hace muchos siglos es parecido a lo que ha vivido nuestro Seminario Luterano Augsburgu. Como escuchamos del Dr. Hoeferkamp ayer, este proyecto comenzó hace más de 40 años, con muchas ilusiones y esperanzas. ¡Un Seminario para las Iglesias Luteranas de México y otras partes de América Latina! Habría pastores para dirigir las iglesias que había y fundar otras, personas capacitadas para hacer cosas nuevas y grandes. Y sin duda, hubo logros importantes. Lo que se hizo aquí tuvo muchos buenos frutos que existen hasta hoy. Pero también hubo dificultades, obstáculos, problemas. Y apenas unos 15 años después de que se había abierto el Seminario, cerró. Parecía que el proyecto había muerto, y con él, también muchos de los sueños e ilusiones, no sólo del Seminario sino de las iglesias. Ahora, ¿qué futuro había para las iglesias? ¿De dónde vendrían los pastores y líderes? ¿Significaría la muerte del Seminario la muerte de muchas de las iglesias asociadas con él? O de otra forma, ¿cómo seguirían?

Sería agradable poder presentar un cuadro muy bonito color de rosa hoy día, decir que con la reapertura del Seminario desde hace 10 años todo está resuelto para las iglesias luteranas del país, y que el futuro se ve lleno de promesas y esperanza. Pensar que así como Dios prometió resucitar a los huesos secos de los muertos en el valle donde llevó a Ezequiel, así ha resucitado a este Seminario. Pero los que hemos estado trabajando con el Seminario sabemos que no es tan fácil ver las cosas así. Este proyecto todavía enfrenta muchas dificultades y obstáculos. Hay retos muy grandes también en la Comunidad Teológica de la cual este Seminario depende en gran parte. Todavía hay mucha incertidumbre frente al futuro, y constantemente nos seguimos preguntando: ¿Habrá dinero suficiente? ¿Alumnos suficientes? ¿Profesores? ¿Podrán las iglesias sostener a los pastores y pastoras que salgan de aquí? ¿Realmente hay futuro para la Iglesia Luterana en México? ¿Podrá seguir adelante?

Sin duda, esas son preguntas necesarias y legítimas que necesitan ser contestadas. Pero creo que hay una pregunta más fundamental que hay que considerar: ¿Para qué? ¿Para qué preocuparnos por este Seminario Luterano, y por la Iglesia Luterana en México? Hay muchas iglesias cristianas en México, tal vez, muchos dirían, más de las necesarias. También hay muchos lugares donde se puede estudiar teología o Biblia, o prepararse para ser pastor. ¿Realmente es necesario este lugar de estudios? ¿Realmente vale la pena, tomando en cuenta todo lo que hay que invertir aquí de tiempo y dinero y recursos humanos? ¿Qué nos hace creer que somos tan importantes, tan indispensables?

Hermanos y hermanas, yo no sé qué tan indispensables somos como luteranos, ni qué tan indispensable es este lugar de estudios. Pero en mi corazón, lo que yo creo que sí es indispensable es el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Sin duda, hay cristianos y hasta no cristianos por todas partes en este país predicando el evangelio. O lo que dicen ser el evangelio. Porque desde nuestra perspectiva luterana, no todo lo que muchos llaman evangelio realmente es el evangelio. El verdadero evangelio no oprime. No lastima. No esclaviza. No manipula. No impone cargas muy pesadas para soportar. No deja a la gente lastimada. El verdadero evangelio libera. Rompe ataduras. Transforma. Consuela. Llena de gozo y de paz. De verdadera esperanza. Para nosotros, lo que no hace eso no es evangelio. Pueden llamarlo evangelio, pero no lo es.

El verdadero evangelio llega a nuestro mundo como la palabra de Dios llegó al valle de los huesos secos. Llega por pura gracia. ¿Qué tenían los huesos secos para ofrecerle a Dios? ¿Qué hubo en ellos de atractivo? ¿Qué méritos tenían? ¿Qué belleza? ¿Qué virtud? ¿Qué valor? De pura gracia, llega Dios y dice, “Voy a llenar de vida a estos huesos secos. Voy a llenarlos de mi espíritu. De mi aliento. De esperanza. Por pura misericordia. Por puro amor. Voy a dar vida a lo que está muerto.” Así es el verdadero evangelio.

Y para nosotros, como luteranos, ése es el evangelio que tanto urge ser anunciado en nuestros contextos actuales. Un evangelio que le dice a la gente, “Dios te ama y te acepta, así como eres. Con todas tus faltas, todos tus defectos, todas tus imperfecciones. No tienes que convertirte en una mejor persona para que Dios te acepte. No tienes que cambiar primero, dejar atrás todos tus defectos e imperfecciones. No tienes que cambiar tu forma de vestir, tu forma de ser, tu forma de pensar. Porque aquí en nuestra iglesia, todos somos pecadores. Somos una comunidad formada por personas que somos iguales que tú, personas imperfectas que están muy lejos del ideal, personas que también tenemos muchos defectos. Aquí nadie se cree mejor que tú. Aquí nadie te va a juzgar ni condenar. Nadie te va a ver mal. Nadie te va a tratar de hacer caber en un molde para luego criticarte cuando no das la talla. Aquí eres bienvenido, bienvenida, tal como eres, seas como seas. Porque aquí creemos en el Jesús al que criticaban porque comía con pecadores y publicanos y prostitutas, porque andaba con la gente que todo mundo rechazaba. Ese Jesús es para nosotros nuestro Señor, nuestro Maestro, nuestro Pastor. Es el que nos acepta tal como somos, el que nos levanta cuando caemos, el que nos perdona cuando le fallamos, el que nos sana nuestras heridas cuando estamos lastimados. Es el que nos hace ser personas nuevas y distintas, pero no con amenazas y condenas y censura, sino mostrándonos siempre amor y perdón y misericordia y gracia, hagamos lo que hagamos, seamos como seamos.”

Eso, hermanas y hermanos, es el evangelio. El evangelio que predicaba y vivía Jesús. El evangelio que predicaba Pablo. El evangelio que anunció Ezequiel en medio de un pueblo que se había reducido a huesos secos, sin vida ni esperanza. Ese es el evangelio que volvió a descubrir Martín Lutero. Y ese es el evangelio que escandaliza. Que ofende a muchos. Que hace enojar. Porque todo el mundo dice que Dios quiere a la

gente buena y no quiere a los injustos y pecadores. En eso están de acuerdo no sólo la mayoría de los cristianos sino también los que no son cristianos. Si quieres que Dios te acepte, primero tienes que ser bueno. Tienes que portarte bien. Tienes que cambiar. Si no lo haces, Dios no quiere nada contigo. Nada más te condena.

Pero eso no es evangelio. Eso no es ninguna buena nueva. El evangelio dice que Dios quiere y ama a los pecadores. Que los acepta y los perdona tal como son, con todos sus defectos y faltas. Bien lo dice Pablo en Romanos 4: Dios justifica al impío. No dice que Dios justifica al bueno. Al justo. Sino, Dios justifica, declara justo, al impío. Por anunciar ese evangelio, persiguieron a Pablo. Lo azotaron. Lo apedrearon. Lo echaron en la cárcel. Cuando Jesús anunció ese evangelio, lo rechazaron y lo declararon amigo de publicanos y pecadores. Y luego lo crucificaron. Cuando Lutero anunció ese evangelio, lo declararon hereje. Y luego lo excomulgaron.

Hermanos y hermanas, lamentablemente hoy día es muy raro escuchar ese evangelio que escandaliza. Es muy raro escucharlo en iglesias cristianas, sean católicas o protestantes o evangélicas. De hecho, a veces no se oye mucho tampoco en nuestras mismas iglesias luteranas. Pero, por ese evangelio por el que murió Cristo, por el que sufrió Pablo, por el que Lutero fue declarado hereje y excomulgado, por ese evangelio, estamos nosotros aquí. Por ese evangelio está la iglesia luterana. Por ese evangelio está este Seminario. Y lo que realmente importa no somos nosotros, ni nuestra iglesia, ni nuestro Seminario, sino ese evangelio. Que se mantenga puro. Que no se pierda. Que se siga predicando, aunque escandalice y ofenda y haga enojar.

Hoy día, lo que necesitamos no es una iglesia llena de gente santa y sin pecado. De ésas hay muchísimas, demasiadas. Lo que necesitamos es una iglesia llena de pecadores que lo reconocen y no lo niegan. Necesitamos una iglesia llena de herejes, no herejes que digan falsedades, sino herejes que digan la verdad escandalosa como Martín Lutero y como Pablo que afirmaba Dios justifica al impío. Aquí en este seminario, nuestra tarea es formar a pastores y pastoras y líderes que proclamen con firmeza y sin miedo esa herejía por la que crucificaron a Jesús y persiguen a Pablo y excomulgaron a Lutero, esa herejía del evangelio. Yo no sé si en otros seminarios entienden así su tarea, en términos de formar herejes. La verdad, lo dudo mucho. Pero en éste, tenemos que entenderlo así. Y por eso, creo que es tan importante este Seminario Luterano Augsburgo.

Aquí, hermanas y hermanos, nos encontramos en un valle de huesos secos. Es lo que es este seminario. Es lo que es nuestra iglesia luterana en México. Un valle de huesos secos. Somos pocos. No tenemos vida como quisiéramos. No tenemos fuerza. Nos falta mucho, muchísimo. Pero reconozcámoslo. No lo neguemos. Porque como bien lo dijo Jesús, Dios no quiere sepulcros blanqueados que por fuera se muestran hermosos aunque por dentro están llenos de huesos de muertos. Si tratamos de ser sepulcros blanqueados, afirmando que todo está bien entre nosotros, que estamos fuertes y sanos y que no nos falta nada, entonces no hay esperanzas para nosotros. Las únicas palabras que el Señor tendrá para nosotros serán las que dijo a los sepulcros blanqueados: ¡Ay de ustedes, hipócritas!

Pero si decimos, sí, somos un valle de huesos secos, sepulcros que no tenemos vida, si decimos como Israel, “Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos,” si nos humillamos reconociendo todas nuestras faltas y flaquezas, entonces vendrán a nosotros las palabras del profeta, “He aquí yo abro sus sepulcros, pueblo mío, y los haré subir de sus sepulturas. Y sabrán que yo soy Dios cuando abra sus sepulcros y los saque de sus sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en ustedes, y vivirán.” Así sí hay esperanza. Esperanza para cada uno de nosotros. Esperanza para esta iglesia luterana tan pequeña y débil. Esperanza para este

Seminario que lucha por seguir adelante. Porque el evangelio dice, “No te mires a ti mismo. No trates de depender de ti, de tus propias fuerzas, de tu propia sabiduría, de tu propio poder. No. Sólo mira a Jesús, el médico que vino a sanar a los enfermos, el pastor que vino a buscar a las ovejas descarreadas, el salvador que vino no sólo a comer con los pecadores y publicanos y prostitutas sino a morir por ellos en la cruz. Sólo mira a Dios, el que justifica al impío. El que resucita a los muertos. El que cubre de tendones y carne y piel a los huesos secos y sopla sobre ellos para que su espíritu entre en ellos y tengan vida.”

Hermanas y hermanos, a mí me da mucho orgullo ser parte de este Seminario. No porque sea grande y fuerte, pues no lo es. Es pequeño, humilde, débil, frágil, insignificante a los ojos del mundo. No es eso motivo de orgullo para mí, aunque tampoco es motivo de vergüenza. Lo que me da orgullo es que aquí está el evangelio, ese evangelio que escandaliza y ofende, ese evangelio por el que crucifican y excomulgan. Sin duda, aquí nos faltan muchas cosas. Enfrentamos muchos obstáculos. Tenemos muchas limitaciones. De hecho, ni nosotros somos fieles siempre a ese evangelio. Muchas veces lo olvidamos, lo hacemos a un lado, inclusive a veces lo negamos y le contradecimos con nuestras palabras y acciones. Pero por la pura gracia y misericordia de Dios, y a pesar de nosotros, aquí sigue ese evangelio. Y aunque no siempre somos dignos de él, por lo menos estamos comprometidos con él. Eso es lo que es motivo de orgullo para mí. Es motivo de orgullo estar asociado con otros que también están comprometidos con ese evangelio. Estudiantes... Profesores... Iglesias y pastores...

Es motivo de orgullo estar en un seminario que lleva el nombre de luterano por estar asociado con Martín Lutero, considerado por muchos como uno de los herejes más grandes de la historia. Es motivo de orgullo estar en un seminario que lleva el nombre de Augsburgo, la ciudad donde un pequeño grupo de gobernantes y líderes pusieron en riesgo casi todo lo que tenían por confesar su fe en el evangelio. A mí me da orgullo estar asociado con una iglesia que en muchos lugares y momentos de la historia ha estado al borde de la muerte, pero por la gracia de Dios ha sobrevivido, como este seminario que murió pero resucitó hace 10 años. Esa resurrección es obra del Señor, una obra que apenas ha comenzado y todavía está en progreso, pero una obra que está en sus manos y no las nuestras. Y por eso, no debemos preocuparnos por el futuro, por nosotros o nuestra iglesia o este seminario. Más bien, sólo una cosa debe preocuparnos: que no se pierda, que no se calle, que no se deje de proclamar ese evangelio que declara que Dios ama y recibe a los pecadores como nosotros, así como somos. Si perdemos lo demás, si nos morimos nosotros y se mueren nuestros proyectos, no hay problema; pero si perdemos ese evangelio, lo hemos perdido todo. Ese evangelio es la razón de ser de nuestra iglesia, y nuestro seminario. Que no lo olvidemos nunca.